

1992—2007

15 años en Cuba



La experiencia de
Arquitectos Sin Fronteras
en cooperación
al desarrollo en Cuba



**Grupo de Cuba
de la demarcación de Catalunya
de Arquitectos Sin Fronteras**

Responsable:

Carles Bonet

Coordinadora técnica:

Alicia Rodríguez

Grupo de trabajo

Guido Correa

Alba Farré

Carmelo Fernández

Martha Ortiz

Xavier Solà

Redacción

Carles Casals

Edita:

Arquitectos Sin Fronteras

Demarcación de Catalunya

Gran Vía de les Corts Catalanes, 563, 5º

08011—Barcelona

Tel: 93 306 78 19

Fax: 93 451 34 14

E-mail: asfcat@coac.net

<http://www.asfes.org>

Arquitectos Sin Fronteras autoriza la reproducción total o parcial de este texto siempre y cuando se cite la fuente y se envíe copia de la misma a la dirección mencionada arriba.

PRIMERA PARTE

*Sólo con una ardiente paciencia
conquistaremos la espléndida ciudad
que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.
Así la poesía no habrá cantado en vano.*

PABLO NERUDA

A modo de presentación

Pocos imaginaban a principios de los ochenta que un Imperio como el soviético podía hundirse de la noche a la mañana. Pero menos eran quienes creían que la pequeña Cuba, ahora un David sin honda, iba a resistir los embates de su poderoso vecino estadounidense, un Goliat con dinero y armamento de última generación.

En efecto, la caída literal, física y metafórica del Muro de Berlín sumió a la mayor de las Antillas en una de las peores crisis de su historia reciente. La pérdida de sus principales apoyos – los países del Este - y el endurecimiento del bloqueo por parte de Estados Unidos, primero con la Ley Torricelli, en 1992, y después con la Helms-Burton, en 1996, llevó al país a declarar el denominado “período especial de paz”, un tragicómico eufemismo para definir una economía de guerra que debía hacer frente a los tiempos peores que se avecinaban y que iban a deteriorar aún más las precarias condiciones y calidad de vida de una sociedad ya exhausta por 40 años de embargo internacional.

Aunque los detractores del actual modelo político cubano achacan al régimen socialista todos los padecimientos de la isla, y los partidarios de la Revolución señalan al bloqueo norteamericano como causa de todos sus males, lo cierto es que Cuba presenta las mismas problemáticas que sufren otros países de Latinoamérica: escaso crecimiento del producto interno bruto (PIB), endeudamiento, concentración urbana, marginalidad, precariedad laboral, avatares climáticos, etcétera.



Una de las consecuencias del embargo contra Cuba ha sido el deterioro de la mayoría de las construcciones del país. En la foto, un bloque de pisos en La Habana.

Si bien las medidas especiales garantizaron más o menos alimentos, salud y educación para todos, otros aspectos de la cotidianidad cubana no quedaron tan bien cubiertos. Uno de estos era la vivienda, un viejo problema que arrastra el país desde la década de los 60, cuando se decidió que la mayoría de las empresas constructoras se emplearan en la ejecución de grandes obras para el desarrollo de la industria del país y en la construcción de poblados en las afueras de

las grandes ciudades. Aparte, los sucesivos planes gubernamentales para dotar al país de nuevas viviendas se han visto sobrepasados por la fuerte emigración campo-ciudad, el crecimiento de la población, los derrumbes de edificios por falta de conservación y los fenómenos meteorológicos (huracanes, ciclones, lluvias torrenciales, etcétera) que periódicamente azotan el país.

Las políticas de vivienda en Cuba – especialmente a partir de la ley de la vivienda o de la reforma urbana de 1986 – si bien han permitido que más del 80% de los cubanos sean propietarios de sus casas, no ha conseguido que estos asuman los costes de las reformas que necesitan la mayoría de los hogares. Los edificios se deterioran, el Estado no interviene y sus habitantes no pueden asumir los costes de mantenimiento.

Un repaso a la cotidianidad cubana nos dará las pistas para entender porqué los cubanos no ponen el interés que se esperaría que pusieran en los hogares de los que son propietarios. Desde un punto de vista económico, las condiciones de vida de los cubanos, el día a día, son realmente difíciles. Basta sólo recorrer la isla para darse cuenta de ello.

El salario mensual medio de los cubanos era, en 2006, de 282 pesos, lo que equivale a 11 euros. Una cifra que sitúa a los cubanos entre los trabajadores peor pagados del mundo. Y esto lleva a preguntarnos ¿cómo se lo hacen para llegar a final de mes? Porqué llegar, llegan. ¿Un milagro? La explicación es más terrenal: por una parte, está la libreta de racionamiento que les asegura alimentos para, al menos, 10 días al mes; por otra, los 900 millones de dólares mensuales que entran desde el extranjero en forma de medicinas, bienes y remesas; y, finalmente, el pluriempleo: médico por la mañana, taxista por la tarde; vendedora de refrescos siete horas, recepcionista de hotel, otras siete...

Aparte, no olvidemos que la educación y la sanidad son gratuitas y de calidad. Es decir, que si bien los sueldos pueden resultarnos irrisorios, las necesidades vitales están cubiertas, lo que les distingue de la inmensa mayoría de los países del

Sur (y de un buen número de países del Norte).

También, como apuntaremos más adelante, está la política de vivienda que garantiza el derecho de todos los ciudadanos y todas las ciudadanas a un hogar, un transporte público a precios adaptados a los bajísimos salarios de los trabajadores.

Podemos estar o no de acuerdo con el modelo cubano – de hecho resulta difícil aguantar el envite mediático contra la revolución cubana –, pero cada cosa hay que ponerla en su sitio: en Cuba no hay lujos – o si los hay serán para los turistas – pero tampoco hay la miseria extrema que encontraremos en países de los que nadie cuestiona su modelo político o social.

O hagámoslo de otra forma. Vayamos a datos aún más objetivos: los de la ONU. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Cuba se encuentra entre los países con un índice de Desarrollo Humano alto, ocupando el lugar número 50 (de 177 países), por delante de potencias regionales como México o Venezuela y con una esperanza de vida superior a la de los Estados Unidos.

Hay, sin embargo, una parte de la población cubana que se encuentra en una situación aún más vulnerable. Alrededor de las principales ciudades se instalan como pueden los emigrantes que llegan de las áreas rurales atraídos por el espejismo – que pronto se convertirá en pesadilla – de la urbe. Su destino serán las ciudadelas (o cuarterías), los centros de tránsito, los albergues colectivos, etcétera.

Primeros contactos... y tropiezos

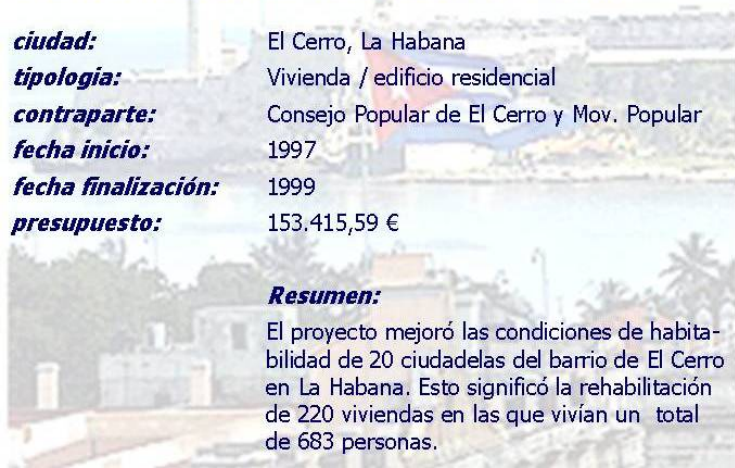
Arquitectos Sin Fronteras, fundada en 1992, llegó a Cuba aquel mismo año de la mano de la asociación de vecinos de Nou Barris, en Barcelona, hermanaada con el Poder Popular del Municipio de El Cerro, en La Habana.

Cada año, los vecinos de aquel barrio barcelonés organizaban un viaje solidario a Cuba, donde, de primera mano, eran testigos de una realidad cada vez más aciaga: muchas eran las necesidades y pocos los recursos. Carles Bonet, arquitecto y fundador de Arquitectos Sin Fronteras recuerda que "en El Cerro, los arquitectos iban sólo a dar testimonio de los derrumbes. No había ni un lápiz, ni una goma".

Pasear entre los callejones de las ciudadelas o caminar por los centros de tránsito es sumergirse en una paradójica permanente provisionalidad. Sólo en la ciudad de La Habana hay 60.000 viviendas de este tipo, en las que malviven haciadas entre 250.000 y medio millón de personas.

La asociación de vecinos de Nou Barris sufragó los costes del viaje a La Habana de algunos estudiantes de arquitectura y del arquitecto Carles Bonet para ver qué se podía hacer y

Rehabilitación de 20 "ciudadelas" en El Cerro



ciudad:	El Cerro, La Habana
tipología:	Vivienda / edificio residencial
contraparte:	Consejo Popular de El Cerro y Mov. Popular
fecha inicio:	1997
fecha finalización:	1999
presupuesto:	153,415,59 €

Resumen:

El proyecto mejoró las condiciones de habitabilidad de 20 ciudadelas del barrio de El Cerro en La Habana. Esto significó la rehabilitación de 220 viviendas en las que vivían un total de 683 personas.

cómo. De ahí surgió nuestro primer proyecto en Cuba: la rehabilitación de veinte ciudadelas en El Cerro, La Habana.

Nos lo advirtieron y ya sabíamos – o cuando menos intuíamos – que empezar a trabajar en cooperación en un país nunca es fácil a pesar de que en nuestro caso lo hicimos de la mano de personas que no sólo lo conocían sino que lo amaban.

La rehabilitación de las ciudadelas del municipio de El Cerro, en La Habana fue el primer proyecto de cooperación de ASF en Cuba, con un presupuesto de más de 150.000 euros.

A grandes rasgos, el proyecto pretendía mejorar las condi-



En el Cerro, ASF trabajó para mejorar la habitabilidad de 221 viviendas

ciones de habitabilidad de veinte ciudadelas, de las 183 que hay en el municipio, lo que, en este caso, significaba la mejora de 221 viviendas en las que vivían un total de 683 personas. Sin duda todo un reto para los jóvenes arquitectos catalanes y cubanos que participaron en el mismo y, por supuesto, para Arquitectos Sin Fronteras.

Esta iniciativa puso de manifiesto algo que ya temíamos: el desconocimiento del terreno, las dinámicas de la población local y de los poderes públicos en las grandes concentraciones urbanas, o la escasez de materiales para la obra, iban a impedir la correcta ejecución de esta propuesta, al menos tal y como la habíamos planteado.

Porque no sólo se trataba de que el planteamiento técnico fuese el adecuado, sino de implicar a las partes interesadas y

¿Qué son las ciudadelas o cuarterías?

Las ciudadelas o cuarterías son la expresión del hábitat más pobre de las ciudades cubanas. Allí alojaban, ya a finales del siglo XIX, a la población rural que llegaba a las principales ciudades de la isla atraída por la demanda emergente de trabajo no especializado en la industria del tabaco o en los ingenios azucareros.

Existen fundamentalmente dos tipos de ciudadelas o cuarterías, las llamadas de patio y las de pasillo.

Las **ciudadelas de patio** se crean en el interior de las manzanas de ensanche. Son inmuebles compuestos por una serie de habitaciones en las que en cada una vive una familia, asociada a un espacio común donde se ubican los servicios sanitarios y cocinas de uso colectivo. En el patio distribuidor y espacio común de las viviendas es el lugar donde se lava y seca la ropa, cocina, juego de niños y adultos, etc. Todas estas actividades

se realizan allí por lo reducido del espacio de las viviendas.

Más de cien años después, las ciudadelas siguen siendo espacios degradados e insalubres en las que cientos de miles de personas soportan condiciones de vida muy precarias, en viviendas sin la ventilación adecuada, ni luz ni saneamientos y con tejados por los que el agua se filtra apenas caen las primeras gotas de lluvia... en un país sometido periódicamente a lluvias torrenciales y huracanes.

Las **ciudadelas de pasillo** tienen las mismas condiciones que las anteriores pero con el agravante de que su desarrollo es a lo largo de un pasillo que en muchos casos no tiene más de dos metros de ancho, única vía de ventilación de las viviendas. Se da el caso de que por lo reducido del espacio disponible se añaden pequeños anexos para colocar una cocina o un baño.

ser lo suficientemente creativas para solucionar los problemas que iban apareciendo. Uno, por ejemplo, fue que la contraparte, la Asamblea Municipal del Poder Popular de El Cerro, no sólo carecía de experiencia en proyectos de cooperación, sino que demostró muy poco interés en el mismo. Otro fue que los recursos económicos destinados al proyecto eran administrados por la secretaria adjunta, un organismo oficial de la municipalidad, y sólo se podía disponer de ellos a través de complejos trámites burocráticos. Esto se traducía en que el proceso de compra de materiales podía demorarse hasta el punto de que al llegar con el cheque al almacén — tras pactar el precio, solicitar a la secretaria el talón, conseguir las firmas, seguir los protocolos y controles, recibirlo firmado y confirmado — la mercancía ya se había agotado.

Y si no era la lentitud del procedimiento de compra, era la propia escasez de materias primas lo que dilataba el proyecto. Por ejemplo, hubo serios problemas en el suministro de las maderas que llegaban desde Pinar del Río, al oeste del país, de manera que se optó por esperar a un cargamento desde Canadá. Al llegar, era tanta la necesidad de madera en el país, que sólo pudimos conseguir el 50% de lo que ne-

Rehabilitación de viviendas populares en el barrio de Zamora, Marianao, La Habana

ciudad:	Marianao, La Habana
tipología:	Vivienda / edificio residencial
contraparte:	Grupo para el desarrollo integral de la capital
Fecha de inicio:	1996
Fecha de finalización:	1997
presupuesto:	282.752,80 €

Resumen: Mejorar las condiciones de vida de la población del barrio de Zamora de Marianao. Se trataba de trabajar en la mejora de las condiciones de habitabilidad de cuatro *ciudadelas*, a modo de proyecto piloto para las más de 100 *ciudadelas* del barrio de Zamora, donde se ejecutó el proyecto.



Trabajando en la rehabilitación de viviendas en el barrio de Tres Cruces, en Trinidad

cesitábamos. En resumen, el proyecto no funcionó tal y como se había previsto, pero, en cualquier caso, para Arquitectos Sin Fronteras, fue como un bautizo de fuego que nos alentó a seguir trabajando en Cuba, a aprender de su realidad, a comprender el día a día de su gente y, por supuesto, a adaptarnos a su idiosincrasia.

En nuestro segundo proyecto en Cuba volvimos a tropezar con problemas parecidos. En esta ocasión, la propuesta trataba, otra vez, de mejorar las condiciones de habitabilidad de algunas de las ciudadelas del barrio de Zamora, en la municipalidad de Marianao, también en La Habana. El proyecto, aunque de menor envergadura que el anterior — ahora se trataba de rehabilitar cuatro ciudadelas —, tenía un coste muy superior: más de 280.000 euros de euros. En esta ocasión se hizo en consorcio junto a la ONG española, ACSUR – Las Segovias.

Pero, tal y como ocurrió en nuestro primer proyecto, en esta segunda iniciativa los resultados distaron mucho de alcanzar los objetivos que nos habíamos marcado. Sólo en una de las cuatro ciudadelas se consiguieron rehabilitar todas las viviendas, en las otras tres, sólo tres de cada diez viviendas fueron intervenidas.

No fue un problema de falta de dinero — sólo se gastó el 39% de lo presupuestado — sino de que se repitió la historia: el proyecto pareció interesante a la comunidad, pero el entusiasmo brilló, de nuevo, por su ausencia, ya que la de-

manda no surgía de los beneficiarios sino de organismos vinculados al gobierno.

Casi paralelamente a este proyecto, Arquitectos Sin Fronteras impulsó otro, con un presupuesto mucho más discreto — 50.000 euros — que lo iba a complementar: la creación de un taller que, entre otras cosas, permitiese la elaboración de materiales para la rehabilitación de las viviendas. De esta forma nos adelantábamos a una necesidad que surgiría a muy corto plazo: la de personal capacitado para llevar a cabo las rehabilitaciones en las ciudadelas y la de las herramientas necesarias para impulsar dichas actividades. Con lo que no se contó fue que el espacio que debía servir para instalar el taller desapareció literalmente... ¡Se habían lleva-




Arquitectos Sin Fronteras ha trabajado en la mejora de las condiciones habitacionales de la población de Marianao, La Habana

do todos y cada uno de los ladrillos! Este, sin embargo, era un tema solventable... cuando menos con el tiempo. Lo que parecía más difícil de solucionar eran los problemas de tipo más humano y el rifirrafe con la exasperante burocracia municipal, que, de nuevo, no mostró mucho interés por el desarrollo del proyecto.

Así, que, de nuevo, tuvimos que esforzarnos lo indecible para conseguir que tanto la rehabilitación de las ciudadelas como el proyecto de la escuela taller avanzasen.

Pusimos un gran empeño en el taller. Y era lógico: la producción de materiales de construcción haría posible no sólo la rehabilitación de las cuatro ciudadelas del proyecto sino también en las otras del municipio. La previsión era que el taller pudiera suministrar los materiales para más de 800 viviendas, repartidas en otras 100 ciudadelas, en los siguientes cuatro años. En lo positivo, nos encontramos que los programas de capacitación de trabajadores y vecinos en técnicas de rehabilitación y reparación tuvo un excelente resultado. Parece, pues, que a la tercera fue la vencida. No todo iban a ser problemas.

Taller escuela en Marianao, La Habana



ciudad:	La Habana
tipología:	arquitectura docent
contraparte:	Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital
Fecha de inicio:	1997
Fecha de finalización:	2000
presupuesto:	50.983,56 €

Resumen: el proyecto promueve la creación de un taller dirigido fundamentalmente a niñas y jóvenes, así como a personas discapacitadas, madres solteras y gente mayor que no tienen un vínculo laboral ni estudiantil.

Por la razón que sea, los primeros tropiezos no detuvieron nuestro compromiso ni nuestra solidaridad con los hombres y las mujeres de Cuba. Y los resultados de la escuela taller fueron una bocanada de aire fresco que nos invitó a seguir pisando fuerte.

Ya es 1997. Estamos en Trinidad, ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad, en 1988. A 290 kilómetros de La Habana, en la provincia de Sancti Spiritus, la realidad de esta ciudad que parece haberse detenido en el tiempo, es, efectivamente, difícil. El gobierno ya no puede hacerse cargo de las infraestructuras de los servicios educativos de la ciudad.

La única escuela de primaria existente está tan deteriorada que cuando llueve hay que suspender las clases no sólo porque los alumnos se quedan empapados, sino por los graves riesgos a que se verían expuestos de permanecer en el centro:

la instalación eléctrica estaba totalmente obsoleta y amenazaba con cortocircuitarse, mientras que los saneamientos eran tan precarios que los lavabos se habían convertido en un foco de infecciones.

La propuesta surgió a partir del II Taller de Rehabilitación de Trinidad y el Valle de los Ingenios apoyada por el Poder Popular, la oficina del Conservador de la ciudad y el gobierno local, tras la identificación realizada por dos estudiantes de la Escuela de



Trinidad,
ciudad patrimonio de la
humanidad

Aparejadores de Barcelona que sirvió de base para la elaboración de un proyecto de reforma coordinado por Arquitectos Sin Fronteras. El presupuesto global era de 61.000 euros.

No sólo se trataba de solucionar los problemas infraestructurales del edificio en sí, sino también de equiparlo para que pudiera ejercer de aquello para lo que se había diseñado: un centro docente. De manera que nos preocupamos incluso del mobiliario del mismo. Nuestra contraparte se ocupó tanto de la ejecución de las obras como de los detalles arquitectónicos más específicos de la rehabilitación. El proyecto, comparado con los que habíamos impulsado hasta entonces, iba como la seda: materiales autóctonos y de calidad – tejas fabricadas en Trinidad y madera de pino de Pinar del Río – y unos acabados dignos de mención. Como guinda, hoy sabemos que la escuela funciona a pleno rendimiento, que nuestra contraparte, la Oficina del Conservador, pone los recursos necesarios para ello y que los beneficiarios y beneficiarias de esta acción han asumido como propio el proyecto, algo que desde un buen principio ya hicieron.

Rehabilitación de la escuela de Trinidad



ciudad:	Ciudad de Trinidad
tipología:	arquitectura docente
contraparte:	Oficina del Conservador de Trinidad y el Valle de los Ingenios
fecha de inicio:	1998
fecha de finalización:	1999
presupuesto:	60.997,77 €

Resumen: Se trataba, por una parte, de dar solución a los problemas constructivos de la escuela y, por otra, amueblarlo para que pudiera funcionar como tal. La contraparte, la Oficina del Conservador de la Ciudad, se ocupó tanto de la ejecución de las obras, como de la parte correspondiente a los detalles arquitectónicos más específicos de la rehabilitación.

Una de cal, una de arena

De repente, sentimos que aquello podía haber sido la excepción que confirma la regla o que sencillamente se cumplía el dicho de que 'una flor no hace verano'. Seguimos en Trinidad y lo que hasta ahora nos parecía una balsa de aceite, de pronto se convirtió en un nuevo dolor de cabeza... Nos llegaba un proyecto para la rehabilitación de 100 viviendas en el barrio de Las Cruces de esta ciudad.

Desde ASF nos quedamos bastante sorprendidos por la solicitud. El tema es que las prioridades de nuestra asociación eran los colectivos más vulnerables de la sociedad, pero para la municipalidad, la prioridad parecía ser el mantenimiento del centro histórico y sus alrededores. Recordemos que se trata de una ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Tras hablarlo con los responsables locales y las contrapartes, se decidió intervenir en una parte del proyecto. En concreto en cuatro unidades con 16 viviendas en San José, con un presupuesto de 145.000 euros.

La contraparte, la Oficina del Conservador de la ciudad, con la que ya habíamos trabajado anteriormente, nos merecía toda la confianza. Pero en esta ocasión las cosas no funcionaron como creíamos que iban a hacerlo.

Y aún hoy consideramos que aquella decisión fue un error ya que la población beneficiaria del proyecto no era la más desfavorecida. Las viviendas son amplias y desaprovechadas, por lo que, además, la incidencia en el número de beneficiarios es baja. Y por tanto el impacto del proyecto es menor de lo que se pensaba durante su formulación.

Aparte nos encontramos con incumplimientos del calendario previsto, con una retahíla de incidencias, algunos de orden climático, otros de orden político, contra las que nos era imposible luchar.

Ciertamente, nuestro cronograma no tuvo en cuenta los numerosos avatares que se ciernen sobre cualquier proyecto que se quiera llevar a cabo en la mayor de las islas de las Antillas. O lo que es lo mismo: medimos con una vara equivocada las posibilidades reales de llevar a buen puerto este proyecto.

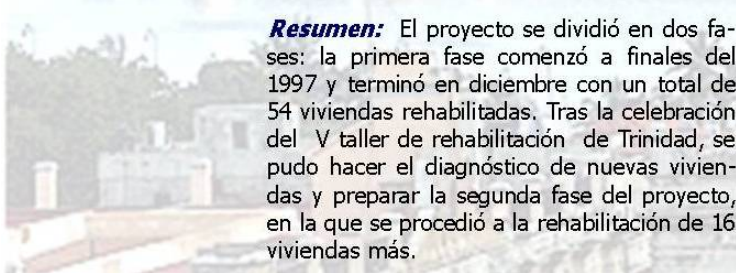
En las evaluaciones posteriores vimos que se priorizó la parte técnica y que se prestó poca atención a la social. Un grave error siendo nosotros una ONG.

Nuestro siguiente proyecto volvió a tropezar con el mismo problema, la falta de participación de los beneficiario, pero obtuvo unos resultados nada desdeñables con un presupuesto de 217.000 euros. Fue en Holguín, a 770 kilómetros al este de La Habana.

El objetivo inicial era rehabilitar 45 viviendas de cinco cuarterías, lo que no sólo se alcanzó sobradamente, sino que se superaron las expectativas, rehabilitando finalmente un total

Rehabilitación de viviendas en el barrio de Tres Cruces, Trinidad

<i>ciudad:</i>	Trinidad
<i>tipología:</i>	Vivienda / edificio residencial
<i>contraparte:</i>	Oficina del Conservador de la Ciudad
<i>fecha de inicio:</i>	2002
<i>fecha de finalización:</i>	2004
<i>presupuesto:</i>	145.643,99 €



Resumen: El proyecto se dividió en dos fases: la primera fase comenzó a finales del 1997 y terminó en diciembre con un total de 54 viviendas rehabilitadas. Tras la celebración del V taller de rehabilitación de Trinidad, se pudo hacer el diagnóstico de nuevas viviendas y preparar la segunda fase del proyecto, en la que se procedió a la rehabilitación de 16 viviendas más.

de 54 viviendas. Por otra parte, se hizo un uso muy racional de los recursos lo que llevó a dejar un remanente de 5.000 dólares.

El proyecto, cuando menos, alivió las condiciones de vida de 168 personas del municipio de Holguín, gracias a la mejora de la habitabilidad de los sectores más degradados; se mejoró el aspecto urbano del municipio; se recuperaron inmuebles de valor patrimonial en el centro histórico de la ciudad; y las familias de las cuarterías disfrutaban de unas condiciones higiénico-ambientales y de vida más dignas.

Pero en el reverso de la moneda, algunas de las propuestas ecológicas y participativas del proyecto, como la utilización de materiales locales y de bajo consumo energético, así como de técnicas constructivas adecuadas no se cumplieron.

En cualquier caso, si dejamos aparte que nos las vimos y nos las deseamos para conseguirlo y que el proyecto se alargó en el tiempo ¡hasta ocho años! (entre 1997 y 2004), podemos hacer una valoración global positiva.

Rehabilitación de "cuarterías", en Holguín

ciudad:	Holguín
tipología:	vivienda / edificio residencial
Contraparte:	Unión Nacional Arquitectos Ingenieros de la Construcción (UNAIC)
Fecha de inicio:	1998
Fecha de finalización:	2002
presupuesto:	217.245,05 €

Resumen: Se trataba de reconvertir cinco cuarterías en viviendas, utilizando los mecanismos de agrupamiento o de crecimiento en alzada para conseguir viviendas de entre 30 y 60 m² con uno o dos dormitorios. En total se consiguieron rehabilitar 54 viviendas, nueve más de las previstas.





Arquitectos Sin Fronteras trabaja para mejorar las condiciones de habitabilidad de las comunidades de tránsito

Regreso a La Habana

Y llegamos a un punto en que nos sentimos más seguros de nuestra capacidad de trabajo y, por supuesto, de la de los cubanos con quienes cooperamos. Siguiendo reto: las comunidades de tránsito de La Habana.

La Ciudad de La Habana está formada por quince municipios en los que hay 68 comunidades de tránsito que albergan unos 2.800 núcleos familiares con un total aproximado de 14.000 personas. Es en la década de los 60 que surge la idea de constituir las Comunidades de Tránsito cuya finalidad principal es la de proteger a los núcleos familiares de los desastres naturales.

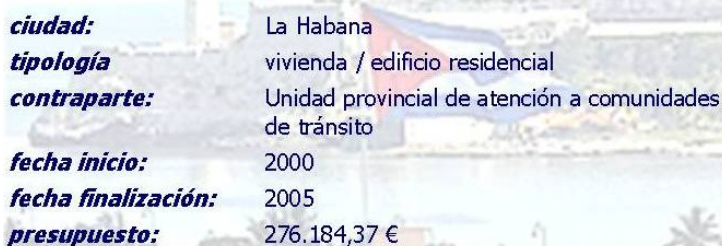
Así que nos enfrascamos en un nuevo proyecto, conscientes de que la magnitud de la iniciativa puede sobrepasarnos, pero confiando en que, tras más de una década en el país, sabremos trapear los obstáculos que se nos puedan presentar. Pecamos de ingenuos — de repente llegó el Huracán Michelle y una plaga de mosquitos portadores del Dengue — pero alcanzamos los objetivos propuestos.

La propuesta consistía en rehabilitar un total de 68 comunidades de tránsito en las que vivían más de 13.700 personas distribuidas en 2.739 núcleos familiares dispersos por distintos lugares de la capital cubana. Para ello disponíamos de un presupuesto de 276.000 euros.

Alcanzamos la mayoría de los resultados esperados y los fondos previstos se correspondieron con los gastos que hicimos. La contraparte, la Unidad Provincial de Atención a las Comunidades de Tránsito (UPACT), consiguió ahorrar un 40% del dinero en el asfaltado, fondos que se invirtieron en mejoras complementarias no previstas inicialmente, y que terminaron contribuyendo a una mejora de la calidad de vida de nuestros beneficiarios y beneficiarias.

En definitiva, nuestra labor se ha desarrollado con el viento en contra: bloqueo, período especial, climatología adversa e interlocutores no siempre interesados en los proyectos. Pero aún así, el camino recorrido, las mejoras en las condiciones y calidad de vida de muchas familias cubanas son un hecho tangible y algo que nos anima a seguir adelante y a continuar trabajando en Cuba.

Rehabilitación de las comunidades de tránsito en La Habana



ciudad:	La Habana
tipología	vivienda / edificio residencial
contraparte:	Unidad provincial de atención a comunidades de tránsito
fecha inicio:	2000
fecha finalización:	2005
presupuesto:	276.184,37 €

Resumen: Se trata de mejorar las condiciones de habitabilidad de estas comunidades, con una intervención más activa en las más deterioradas. En total se atendió con estas acciones a 2.739 núcleos familiares, lo que supone unas 13.700 personas.

Las comunidades de tránsito

Las comunidades de tránsito estaban formadas por locales o pabellones adaptados para acoger a grupos de personas necesitadas de ayuda de emergencia y que contaban con unos equipamientos colectivos (baños, cocinas...)

En la década de los setenta, muchas de estas comunidades se convirtieron en residencia permanente ya que la oferta de viviendas era nula. En los ochenta, gracias a las condiciones económicas algo más favorables para el país, se inició un proceso de cons-

trucción y reparación de viviendas en la capital lo que permitió que muchas familias pudiesen disfrutar de un hogar propio.

Esta tendencia, sin embargo, quedó abortada en los noventa por el desmoronamiento del sistema de países socialistas y con el recrudecimiento del bloqueo estadounidense contra la isla. Así que miles de familias tuvieron (y tienen) que seguir esperando a tiempos mejores, mientras continúan viviendo en estas comunidades.



Foto: Reuters Alert

SEGUNDA PARTE

*Para que pueda surgir lo posible, hay que
intentar una y otra vez lo imposible.*

HERMANN HESSE

Primeras reflexiones

Medio en broma medio en serio, alguien dijo que los cubanos encuentran problemas a cualquier solución. O que inventan para resolver. O que, en este país pocas veces se asume que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Y es que la cotidianidad cubana tiende a parecer terriblemente enrevesada a los ojos de quienes la vemos desde la barrera. Aunque también lo es para los propios isleños.

Reinaldo Escobar, un veterano periodista cubano, residente en La Habana, ironiza diciendo que una de las peores costumbres de su gente es la de decir: *"No te preocupes, todo está resuelto"* cuando todavía ni siquiera sabemos que podemos ocuparnos del asunto. A lo que añade otras cualidades como *la predisposición a la profecía, la infinita capacidad para opinar sobre cualquier cosa, y una incomparable vocación para exagerar.*

Asumiendo lo dicho en las páginas anteriores y, guardando, por supuesto, cierta distancia de las palabras del periodista, se podrían extraer conclusiones algo precipitadas. Una, que trabajar en Cuba sería algo así como una lucha permanente contra los elementos; otra, que más nos convendría destinar nuestros esfuerzos en otras partes del mundo... Y nada más lejos de nuestra intención. Cuba es difícil. Cierto. Pero también es posible plantear, pensar y llevar a cabo proyectos de cooperación que permitan una mejora en las condiciones y calidad de vida de su población. Arquitectos Sin Fronteras lleva ya quince años en el país y eso nos permite, cuando menos, hacer unas reflexiones sobre cómo pensamos que podríamos mejorar la cooperación en este país caribeño.

Dónde y en qué cooperar

A diferencia de lo que sucede en otros países del Sur, Cuba realiza ingentes esfuerzos por mantener los logros sociales de una Revolución que ni lo ha tenido, ni lo tiene fácil, y que aún así, y no es ningún secreto, ha conseguido que en materia de salud y educación las necesidades de los cubanos están, dentro de lo que cabe, bien cubiertas.

En efecto, pese a la crisis que sufrió Cuba a raíz del desmoronamiento del campo socialista en Europa, y la expeditiva aplicación de las leyes norteamericanas contra el régimen cubano, el país consiguió mantener algunos de sus logros primordiales en el ámbito social tal y como reconocía un informe elaborado por la Comisión Económica para Amé-



Cuba trata de solucionar sus problemas de vivienda e infraestructuras

Una de las
ciudadelas
de El Cerro
antes de ser
intervenida
por ASF



rica Latina y el Caribe (CEPAL), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Instituto Nacional Cubano de Investigaciones Económicas, en julio de 2004.

A modo de chanza, circula por la isla un chiste que expresa claramente una de las principales preocupaciones de sus ciudadanos y ciudadanas. *Dígame* — le preguntan a un cubano — *tres logros de la Revolución*. Y este responde: *La salud, la educación y el deporte*. *Ahora* — le vuelven a formular — *dígame tres cosas que no haya resuelto la Revolución*. Y el hombre responde: *el desayuno, la comida y la cena*.

Aparte del alimentario, queda pendiente – y de ello hemos sido testigos directos – otro de los grandes temas que afectan a la sociedad cubana: la vivienda. Eso no significa que en Cuba no exista una política al respecto. De hecho, el gobierno se ha propuesto conseguir una casa para cada familia. Según estadísticas oficiales, en 2004 se levantaron 15.352 unidades habitacionales y en 2005 otras 39.261. Sea como sea, estas cifras quedan aún lejos de las 150.000 viviendas que se propuso construir a principios de la década actual.

Diversos estudios coinciden en que el mayor déficit de vivienda se concentra en Ciudad de La Habana, que alberga a 2,2 millones de habitantes y donde, al menos, el 46 por ciento de los 556.000 inmuebles residenciales precisan reparaciones de diversos grados.

En consecuencia, si bien es discutible la pertinencia de la colaboración con Cuba en los sectores sanitario y docente, a los que el propio sistema político ya suele prestar una atención adecuada, o en el sector del patrimonio arquitectónico, que recibe suficientes apoyos de organismos vinculados al turismo, principal fuente de divisas del régimen político cubano, en el tema de la vivienda nuestra colaboración puede marcar la diferencia en la vida de miles de familias cubanas.

Como Arquitectos Sin Fronteras hemos recorrido la isla de Oeste a Este. Desde La Habana a Holguín, hemos visto las necesidades habitacionales del país, la fragilidad de miles de viviendas y, en ocasiones, el hacinamiento y las precarias infraestructuras barriales.

Como profesionales de la arquitectura y del urbanismo, como personas solidarias no vamos a permanecer con los brazos cruzados conociendo esta realidad y siendo conscientes de que está en nuestras manos contribuir a mejorar las condiciones y calidad de vida de todas estas personas. Ni fue sencillo ni lo será. Porque, aunque hay honrosas excepciones, las contrapartes — es decir las organizaciones locales con las que trabajamos — no nos lo han puesto nunca fácil.

Una de las conclusiones más inmediatas a las que llegamos cuando planteamos el tema de las contrapartes, es decir, con quién cooperar o con quién no, es que al final terminaremos trabajando con entidades vinculadas a la Administración cubana.

Hasta el momento se ha trabajado con la Secretaría Adjunta a la Asamblea del Poder Popular, el Poder Popular, Comités de Defensa de la Revolución (CDR), Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC), Unión Nacional Arquitectos Ingenieros de la Construcción (UNAICC), Unidad Provincial de Atención a Comunidades de Tránsito (UPACT),

la Oficina del Conservador de Trinidad, la Oficina del Historiador y la Unidad Municipal Inversionista de la Vivienda (UMIV) de las Tunas.

Para Arquitectos Sin Fronteras lo importante es que la contraparte tenga una relación directa con los beneficiarios y su entorno, y ser competente en el área de actuación del proyecto. Porque, al fin y al cabo, el objetivo final – el bienestar de los beneficiarios – dependerá de su vínculo con la comunidad.

En este sentido, hemos visto que trabajar con las contrapartes fuera del área de influencia de La Habana, especialmente en municipios pequeños, no sólo permite acotar y controlar mejor el proyecto, sino que el impacto en la población es mucho más tangible.

Los proyectos de cooperación en una ciudad grande como La Habana – 700 km² y 2,2 millones de habitantes – son mucho más complejos y más generalizados: dependen directamente de diversas estructuras urbanas y estatales con diferentes intereses; no siempre muy bien comunicadas entre sí y por ello la implicación de la contraparte con los beneficiarios en general es más distante.

En los municipios más pequeños las contrapartes se perciben más cercanas a la población y conocen mejor la realidad de sus habitantes y las problemáticas que les afectan y, a menudo, son quienes tienen las alternativas más adaptadas a la realidad.

En cualquier caso, nuestra experiencia demuestra que dar el primer paso – hacer el diagnóstico e identificar el proyecto – no es un problema si se hace en colaboración con contrapartes bien elegidas... Aunque en muchos casos sepamos que trabajamos directamente con entidades vinculadas a la lenta y exasperante burocracia cubana.

Participación de los beneficiarios

La implicación de los beneficiarios en los proyectos ha sido uno de los problemas a los que nos hemos tenido que ir enfrentando a lo largo de estos tres lustros. A veces parecía que no sentían como propio el proyecto, mostraban una clara desidia y cierta desconfianza. ¿De la contraparte? ¿de nosotros? ¿del sistema? Quizás hay un cierto agotamiento de mensajes oficiales que poco tienen que ver con el día a día.

Quizás sobre el papel la política cubana para la vivienda sea modélica. E incluso envidiable. De hecho, pocos lugares



**En los municipios más pequeños,
las contrapartes están más cer-
canas a la población**

habrá en el mundo donde se trate de proteger tanto el derecho a un hogar.

Pero probablemente sea más la creatividad de los propios cubanos la que saca las castañas del fuego al Estado que no al revés. Por ejemplo, si dos personas contraen matrimonio, y no pueden seguir viviendo en la casa familiar – que seguramente ya estará sobrepoblada – una solución es buscar algún anciano cuya familia haya emigrado al extranjero y que viva solo. La joven pareja se ocupará del mayor y, a modo de *quid pro quo* la familia emigrante les ayudará. Pasados cinco años, a la muerte del anciano, por ley, los nuevos propietarios de la vivienda será la citada pareja, ya que en Cuba la casa es de quien la habita. Otra forma de adquirir una propiedad es por la muerte de los progenitores, si por destino son varios los herederos, la casa solo será del que viva en ella en el momento de los hechos.

En definitiva, en Cuba la vivienda es un derecho inalienable. Que ésta sea menos o más digna, ya es otro tema.

Antes de la Revolución, el 75% de los cubanos tenía que pagar un alquiler por su vivienda que podía representar hasta la mitad de sus salarios. Tras la ley general de la vivienda de 1984, el 85% de los cubanos se convirtieron en propietarios de sus casas o apartamentos.

Por lo pronto, el Estado se encarga de que a nadie le falte un techo bajo el que cobijarse. De manera que, aún cuando el salario mínimo de un cubano es dramáticamente bajo – al cambio, resultarían unos 20 dólares mensuales, – una familia cubana puede costear el alquiler de una vivienda ya que sólo está obligada a abonar mensualmente hasta unos 15 pesos, apenas medio euro.

La aplicación de la ley tuvo pues algunos impactos negativos: un gran número de "soluciones habitacionales anárquicas" que ponían en riesgo – falta de seguridad en las segundas plantas - la integridad física de los pobladores, contaminación parcial de la bahía debido a evacuaciones directas de heces, etcétera. Pero, por supuesto, también los tuvo positi-

vos: el 80% de viviendas con usufructo gratuito o con una cuota simbólica, han alcanzado mejoras en su grado de habitabilidad.

La implicación de los beneficiarios, al menos en los proyectos de rehabilitación de ciudadelas o cuarterías puede llegar a ser complicada por las propias dinámicas del modelo político-social cubano.

En general, los procedimientos participativos – una de las condiciones básicas de cualquier proyecto de cooperación al desarrollo – son muy incipientes. El cubano entiende la necesidad de hablarlo todo, de participar en asambleas, pero esto no implica, que llegado el momento, él pueda participar mas activamente en el proyecto. A menudo tenemos la sensación de que espera a que se le solucione el problema.

Desde el punto de vista de los proyectos de Arquitectos Sin Fronteras, sin la participación de los beneficiarios y de las beneficiarias será difícil encontrar soluciones a los problemas habitacionales que tiene el país. Por ello, siempre se ha insistido en este aspecto como algo prioritario.

Las decisiones finales deberían tomarlas siempre los beneficiarios de los proyectos



Para garantizar la participación de los beneficiarios en las propuestas se necesita, fundamentalmente, articular un proceso que permita la participación directa de los mismos a lo largo de todo el ciclo del proyecto: desde su identificación hasta su ejecución.

En la práctica, el modelo de participación aún está por definir. Una propuesta al respecto podría ser la implicación di-



Los cubanos y las cubanas saben qué necesitan, aunque no siempre se involucran en la búsqueda de soluciones

recta de los beneficiarios en la construcción de la obra, como asalariados. Sin embargo, ya que esto resulta realmente difícil, habría que encontrar una fórmula para animar el trabajo voluntario. Al fin y al cabo se trata de su futura vivienda. Y es que, por otra parte, tal y como apunta el responsable de ASF en Cuba, Pepe Murillo, "si vas comprar una casa tienes que saber en qué condiciones está".

Y una penúltima reflexión

Visto el panorama de la vivienda y de todo el legado arquitectónico de Cuba, no es extraño que nos surjan dudas ante el dilema de en qué debemos comprometernos. Por una parte, lo cultural, como parte de la riqueza de un pueblo nos llamaba la atención por nuestra propia formación como arquitectos; por otra, nuestra vocación humanitaria nos empuja a pensar en todas aquellas personas cuyas condiciones y calidad de vida podríamos mejorar. Por supuesto, nuestra elección fueron las personas.

Como un primer ejemplo, tenemos nuestra experiencia en la ciudad de Trinidad: el problema no está solamente en la recuperación o restauración de los elementos arquitectónicos de valor histórico-cultural, sino en que algunos de estos edificios emblemáticos se han convertido en núcleos habitacionales de una gran densidad ya que, en general, sus amplias dimensiones y la necesidad de dar un techo a cada familia hicieron que edificios que originalmente albergaban una familia en estos momentos pueden albergar a 10 o más.

Como profesionales de la arquitectura, si interviniéramos en edificios patrimoniales sería para devolverlos a su estado original tanto a nivel funcional como arquitectónico. ¿Dónde quedaría pues la dimensión humana? ¿Sería un proyecto de cooperación al desarrollo?

Tenemos que trabajar con quién nos necesita y en los sectores menos favorecidos. Y la vivienda, a pesar de que como hemos apuntado es una prioridad de las políticas sociales cubanas, merece nuestra atención. Y es gracias a las reformas en las leyes de la vivienda de los años ochenta que nuestra labor puede ser más útil y de mayor interés para el bienestar de los beneficiarios y beneficiarias.

A modo de ejemplo, en La Habana, con la ley de reforma urbana, de 1986, los inquilinos que habitaban viviendas consideradas como "precarias", no necesitaban pagar arriendo,

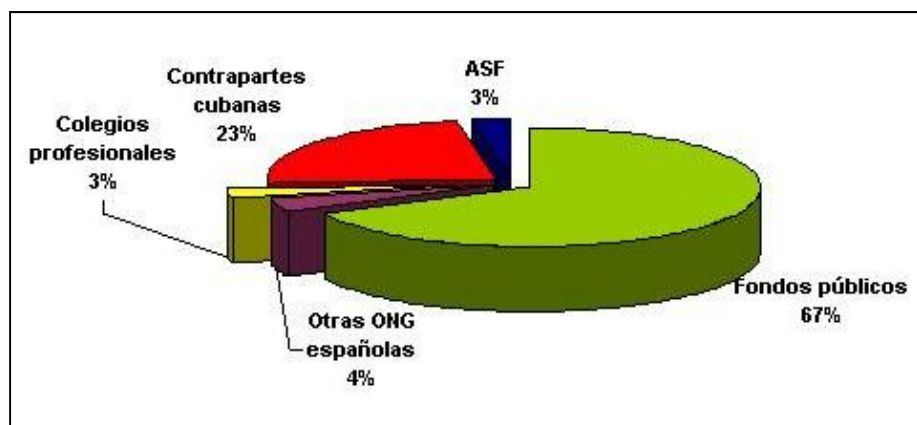
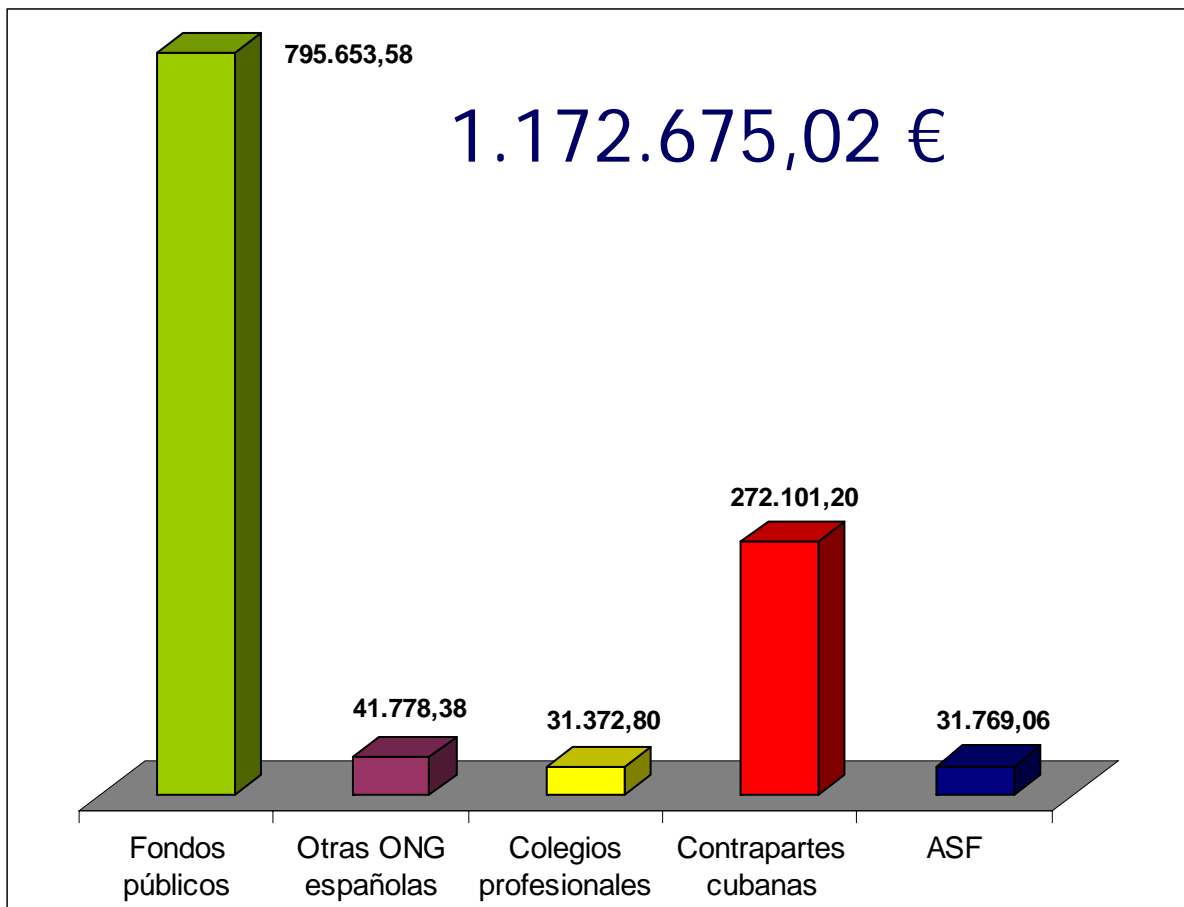
o éste era simbólico, ya que se daban en régimen de usufructo gratuito mientras no contaran con los servicios necesarios y con las condiciones sanitarias y de habitabilidad mínimas. La idea era que los nuevos propietarios intervinieran en la mejora de las viviendas.

Pero ¿cómo hacer arreglos sin el dinero necesario? ¿cómo salvar los problemas en el suministro de materiales para las refacciones constructivas? ¿cómo hacerlo sin ayudas públicas ya sean técnicas o económicas?

Durante 15 años, Arquitectos Sin Fronteras ha hecho lo posible para mejorar, en la medida de lo posible, las condiciones y calidad de vida de, por lo menos, algunos millares de familias cubanas. Este opúsculo ha tratado de mostrar que la solidaridad no se alimenta sólo de buenas intenciones: es necesario la seriedad, el rigor, el conocimiento y los recursos económicos para que ésta tenga las consecuencias que perseguimos.

Y es que estamos hablando de cooperación...

Las cifras de 15 años de ASF en Cuba



15 años de ASF en Cuba



Castilla-La Mancha

Con el apoyo
de la Junta de Comunidades
de Castilla — La Mancha